

entenderle mejor, tal cual es, hijo de una raza trágica, mestizo de sangres encontradas, rebelde como un héroe antiguo, esperanzado en su desesperanza. Hombre solo y solidario, poeta exigente y ciudadano de un mundo que soñó más libre y justo. César Vallejo, en su desazón por la verdad, desconfiaba no ya de las metáforas, sino de las mismas palabras que destruía con dolor en busca de lo esencial. Amaba a Rubén Darío y al modernismo de donde él partía en *Los heraldos negros*. Pero la literatura es siempre una superestructura de la lengua. Todo arte es una hermosa mentira que esconde la verdad escueta. Vallejo destruía el arte que tanto quería, era poeta, para volver a la lengua primaria, a veces al lamento o a la imprecación, a la congoja y desazón del alma animal, arrojada al subconsciente por la técnica y la cultura de este siglo. Tanto deseo de verdad en su descarnada poesía parece exageración o postura. Pero César Vallejo era un hombre auténtico, es decir, un héroe trágico, un poeta de la verdad en un mundo de actores, peleles y autómatas. Ser César Vallejo, hombre muerto, poeta vivo, le costó bien caro. Llegar a las simas interiores, conocer la marginación, la lucha implacable por la vida, la muerte prematura en el cáliz como víctima que se inmola para salvar a una España fratricida. Demasiada tragedia para una época bufa que resulta tragicómica. Larrea, aunque lo parezca, no exagera en su labor de panegirista. La mejor poesía de Vallejo es difícil y desafiante. No gana aplausos. Deja un sabor a muerte, a nada y amargura. Abandona al lector a la única soledad desesperada donde nace la esperanza de los otros como necesidad y salvación. Se destruye la armonía ya sabida y conformista, aparece el verso inesperado, la palabra como un muñón, los sonidos chirriantes. ...Es una poesía nueva que en el contexto de la creación como una revolución adquiere un nuevo significado. César Vallejo es de los escasos poetas que ha llegado al fondo estremecedor donde está el infierno, la sub-realidad y a partir de esa experiencia trágica ha reconstruido un universo poético. Por eso no resulta fácil al lector caminar junto a César Vallejo hasta sus abismos interiores. Como guía está Juan Larrea, un Virgilio amigo para bajar hasta la poesía difícil de Vallejo y no perderse.

De Rubén Darío a César Vallejo

La imprenta es un río que no cesa, de textos y pre-textos. La literatura es el opio de los profesores y críticos, quienes generan una nueva literatura con-textual, que en ocasiones ahoga o minimiza la obra originaria. Vallejo, nombre señero de la lírica hispánica, ha sido asediado por los exégetas o los comentaristas.²⁰

Recientemente se ha publicado el libro de Juan Larrea *Rubén Darío y la Nueva Cultura Americana*²¹. Larrea considera al poeta como un vidente. «Así comprende en aquel tiempo Rubén Darío el oficio de poeta como vaticinador y clave del futuro». (p. 33) Lo exalta y lo compara con San Juan Evangelista, el autor del Apocalipsis y con el divino Dante. Larrea transforma la poesía en visión celeste, en teología, y bajo esta perspectiva, que a algunos les puede resultar peregrina o aventurada, enjuicia la obra del maestro mágico y mayor poeta de América: «A fuerza de juventud y luego de invo-

²⁰ Véanse entre otros los trabajos de Luis Monguió, Xabier Abril, Francisco Izquierdo Ríos, André Coyné...

²¹ Juan Larrea, *Rubén Darío y la Nueva Cultura Americana, Pre-textos, Valencia, 1987.*

car al Verbo infinito, Rubén se ha colado de rondón en el recinto de la Teología. Por coherencia espontánea ha aludido a Juan de Patmos y a Dante Alighieri los dos más altos genios poéticos-proféticos de los círculos cristianos, antiguo y medieval».

Ya vimos, anteriormente, cómo Larrea elegía a César Vallejo como sucesor de la poesía de Rubén Darío valorándolo por encima de otros como Neruda o Huidobro. En este libro vuelve a subrayar: «...quiero indicarles que en nuestros días ha existido un verdadero poeta ganado al maestrazgo clarividente de Rubén, idealista del Obrero revolucionario con proyección a un mundo trascendental: César Vallejo». (p. 43) Juicios y epítetos que dedica a Rubén les dedica también a Vallejo y viceversa. La poesía, modernista o comprometida es proyectada a una realidad superior, trascendente. Los poetas son mitificados al poeta visionario, redentor, resumen y cifra de culturas y religión. «Rubén es un producto teleológico de su época, en relación con la corriente teleológica del judeo-cristianismo hacia la universalidad: proviene de la causa final que es al mismo tiempo la inicial». (p. 57)

Para Larrea, Rubén Darío, como luego César Vallejo es más que un poeta. La belleza es trascendida a teleología (doctrina de las causas finales), a una mística del logos, más que a una filosofía razonadora. Teleología, fin (y principio) del verbo. Larrea une en un mismo principio y final la «poiesis» y el Apocalipsis. He aquí la poesía como metafísica, situada más allá de lo real, como indagación del alfa y omega del universo, también como revolución en Vallejo (La creación es la revolución silenciosa y perenne del poeta solit(d)ario). En Darío la revolución era principalmente estética. En Vallejo, además de estética (prolongaba a Darío), era ética. En Vallejo la poesía, de raíces modernistas, se humanizaba.

Larrea sistematiza el nuevo uni-verso de Rubén Darío en una serie de conceptos que de algún modo podrían servir también para César Vallejo, ya que en su visión crítica y cosmológica lo considera el sucesor:

Existe un Nuevo Mundo en inminencia, en el que van a resolverse las grandes incógnitas y contradicciones, y la vida va a existenciarse en acuerdo pacífico o concordia dentro de un régimen activo de libertad.

Se trata de un Tiempo Nuevo, Edad de Oro, Aurora de Luz... de substancia poética.

De otro modo: se trata de una Cultura Nueva, correspondiente al Nuevo Mundo y a las grandes esperanzas que hacen posible tal concepto.

Este Nuevo Mundo forma una unidad compuesta de Norte y Sur. El primero de estos términos se halla dotado de democracia política con prosperidad de los valores materiales. El otro es dado sobre todo a los valores tocantes a la sensibilidad poética profunda, a lo espiritual o subjetivo.

A la latinidad le incumbe la visión del alba futura o esclateamiento de la Conciencia correspondiente a la Cultura Nueva.

La realización de estos conceptos teleológicos exige la intervención oportuna del *deus ex machina* capaz de operar la transfiguración o mutación precisa. Esta catástrofe apocalíptica ha de ocurrir en nuestro siglo. El Apocalipsis tiene en último término razón. Se dispone a venir Aquel que fue allí anunciado. (p. 59)

Lo anterior es más que un manifiesto poético. Es teleología, mística, revolución interior. No es un sistema filosófico pues más que al raciocinio va dirigido al corazón. Es un programa de estética, pero también una llamada a la conciencia. Utópico y revolu-

